

*ESTUDIO SOCIAL DE PORTUGAL EN 1871**(Primitivo prólogo de "As Farças")*

Lector de buen sentido que abres curiosamente la primera página de este libro: sabe, lector, célibe o casado, propietario o productor, conservador o revolucionario, viejo demócrata o legitimista hostil, que para ti fué escrito... si tienes buen sentido. Y la idea de darte así todos los meses, mientras tú lo quisieres, cien páginas irónicas, alegres y justas, nació el día en que pudimos descubrir, al través de la ilusión de las apariencias, algunas realidades de nuestro tiempo.

Aproxímate un poco a nosotros y mira:

El país perdió la inteligencia y la consciencia moral. Las costumbres están disueltas y los caracteres corrompidos. La práctica de la vida tiene por única dirección la conveniencia. No hay principio que no sea desmentido, ni institución que no sea

escarnecida. Nadie se respeta. No existe ninguna solidaridad entre los ciudadanos. Ya no se cree en la honestidad de los hombres públicos. La clase media cae progresivamente en la imbecilidad y en la inercia. El pueblo está en la miseria. Los servicios públicos quedan abandonados a una perezosa rutina. De día en día crece el desprecio por las ideas. Vivimos todos al acaso. ¡Perfecta, absoluta indiferencia de arriba abajo! Todo el vivir espiritual, intelectual, detenido. El tedio invadió las almas. La juventud se arrastra, envejecida, de las mesas de los ministerios a las mesas de los cafés. La ruina económica crece, crece y crece... El comercio se arruina. La industria enflaquece. El salario disminuye. La renta disminuye también. El Estado es considerado en su acción fiscal como un ladrón y tratado como un enemigo.

En este "¡sálvese quien pueda!", la burguesía limita su acción económica a explotar el alquiler de las casas de que es propietaria. La usura explota el crecido interés de sus préstamos.

En lo demás, la ignorancia pesa sobre el pueblo como una niebla. El número de escuelas es por sí sólo dramático. El maestro se convirtió en un empleado electoral. La población de los campos, arruinada, viviendo en chozas innobles, sustentándose de sardina y de hierbas, trabajando solamente para

pagar el impuesto por medio de una agricultura decadente, lleva una vida de miserias y de embargos. La intriga política se extiende sobre la somnolencia aburrida del país. Apenas la devoción perturba el silencio de la opinión pública con padrenuestros maquinales.

No es una existencia; es una expiación.

Y la certeza de este rebajamiento ha invadido todas las conciencias. Se dice en todas partes: "¡El país está perdido!" Nadie se forja ilusiones. Se pronuncia esa frase en los Consejos de ministros y en las casas de huéspedes. Y ¿qué se hace?... Se asegura, conversando y jugando al tresillo, que de Norte a Sur, en el Estado, en la Economía, en la Moral, el país está desorganizado...; y se pide coñac.

Así, todas las conciencias certifican la podredumbre; pero todos los temperamentos viven bien en esta misma podredumbre.

Nosotros no queremos ser cómplices de la indiferencia universal, y comenzamos, sin acidez y sin cólera, a apuntar día por día lo que podríamos llamar el progreso de la decadencia. ¿Debemos hacerlo con indignación amarga de libelistas? ¿Con serenidad experimentada de críticos? ¿Con fina jovialidad de humoristas?

¿No es verdad, lector de buen sentido, que en este momento histórico sólo hay lugar para el humoris-

mo? Esta decadencia se tornó un hábito, casi un bienestar; para muchos, una industria. Parlamentos, ministerios, hombres, eclesiásticos o políticos, están como formados de piedra y de cal entre esta corrupción. El áspero Veillot no bastaría; Proudhon o Bacherot serían insuficientes. Contra este mundo es necesario resucitar las carcajadas históricas del tiempo de Manuel Mendes Enjundia. Más de una vez se ha puesto la chanza al servicio de la justicia.

¿Nos hallas imprudentes, o inútiles, o irrespetuosos? ¿Preferías que hiciésemos un diario político, con todas sus ineptias y todas sus calumnias, vasta incubadora de ideas triviales que desmayan de fatiga en las manos de los tipógrafos?

No. Fundaríamos antes un depósito de sanguijuelas o una casa de baños calientes. Y si nos tiranizase excesivamente el astuto demonio de la prosa, entonces, en la honrada compañía del Sr. Fernández de los Ríos, emparejados con los líricos de Barcelona, cantaríamos, vueltos hacia la Palestina, la patria, la fe y el amor, y acreditaríamos aquella creencia vivida, aquel *arranque* peninsular con que en otra hora se peleó en la batalla de Aljubarrota... y hoy se hacen cajitas de obleas.

Aquí estamos, pues, delante de ti, mundo oficial, constitucional, burgués, doctrinario y grave.

No sabemos si la mano que vamos a abrir está

o no llena de verdades. Sabemos que está llena de negativas.

No sabemos, tal vez, adónde se debe ir; sabemos de cierto dónde no se debe estar.

Catón, con Pompeyo y con César a la vista, sabía de quién debía huír, pero no sabía hacia dónde. Tenemos esta misma media ciencia de Catón.

¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos? Apenas podemos responder:

—Venimos de donde vosotros estáis; vamos para donde vosotros no estuviésteis.

En esta jornada, larga o corta, marchamos solos; no llevamos bandera ni clarín. Por el camino no leeremos *A Nação* ni *O Almanach das Cacholetas*. Vamos conversando un poco, riendo mucho.

Somos dos simples zapadores a las órdenes del sentido común. Por ahora, en lo alto de la colina aparecemos solamente nosotros. El grueso del ejército viene detrás. Se llama la Justicia.

Así vamos. Y en la epidermis de cada hecho contemporáneo clavaremos una banderilla. Apenas la porción de hierro estrictamente indispensable para dejar pendiente una señal. Nuestras banderillas no tienen color; ni el blanco del oriflama ni el azul de la blusa. Nunca podrán tan ligeros dardos herir la gran arteria social; quedarán en la piel. Dentro continuará corriendo serenamente la materia vital: san-

gre azul o sangre roja, disolución de guano o extracto de zarzaparrilla.

Vamos a reír, pues. La risa es una filosofía y muchas veces una salvación. Y en política constitucional la risa es, por lo menos, una opinión.

Aquí está esta pobre Carta Constitucional que declara ingenuamente que el país es católico y monárquico. Por esto tal vez es por lo que nadie cree en la religión y nadie cree en la realeza. Y es que nadie cree en ti, ¡oh, Carta Constitucional! Los ministros que te defienden, los diarios que te citan, los jurisconsultos que te comentan, los profesores que te enseñan, las autoridades que te realizan, los padres que hablan de ti en la misa conventual, aquellos mismos cuya única profesión es creer en ti, todos de ti reniegan y, ganando su pan en tu nombre, te ridiculizan ante las mesas de los cafés.

La *Carta adorada* de la *Gran Duquesa* tiene más éxito que tú.

No se cree en la religión, a la que has concedido la honra de un párrafo. La burguesía se hace librepensadora. Tiene aún un resto de respeto maquinal hacia el Todopoderoso, pero criba de epigramas las pretensiones divinas de Jesús y dice cosas desagradables al Papa. El escepticismo forma parte del buen gusto. Ningún ministro que se aprecie osaría creer en San Sebastián. La teología, el ma-

yor monumento del espíritu humano, hace estallar de risa a los señores liberales. Despréciase al clero y se desprecia al culto, lo que no impide que a propósito de cualquier cosa se exija juramento.

La religión quedó siendo un artículo de moda. Expulsada de la conciencia liberal, las burguesas enriquecidas la han tomado bajo su protección, y gustan igualmente de que sus parejas sean vistas a la puerta de *Marie* y a la puerta de los *Inglezinhos*. Aceptan a Dios como un *chic*. En los mismos templos la religión cayó en el descrédito. Ser cura no es una convicción, es un oficio; el sacerdote cree y ora en proporción de la congrua. Y como cree más en el Ministerio de Cultos que en la revelación divina, trabaja en las elecciones. El pueblo..., ése, reza. Es la única cosa que hace, además de pagar.

La pobre realeza, a la que tanto honra la Carta, no es más afortunada. Es la perpetua escarnecida: es escarnecida por los diarios de la oposición y por los Gobiernos dimitidos; es escarnecida en los teatros, donde el tipo del *Rey Bobeche* tuvo el triunfo de un libelo; es escarnecida en las conversaciones de los cafés y en la maledicencia del Gremio.

Según la Carta, la realeza es irresponsable. Pero no hay partido que no ponga su propia ineptia en la cuenta de la realeza. ¡*Si no fuese el Rey!*, es la disculpa invariable de los ministros que no gobier-

nan, de los oradores que no hablan, de los periodistas que no escriben y de los intrigantes que no alcanzan.

La realeza es acusada por todo: por los dispendios que hace y por la pobreza en que vive; por su acción y por su inacción; por dar bailes y por no dar bailes... El público está para con ella en un estado nervioso como para con un importuno a quien no le conviene decir: "¡Vete en buen hora!"

En tanto, la opinión liberal continúa declarando que existe un trono. Y existe para ella como un efecto de Quintiliano..., como un recurso de elocuencia para los discursos de gran gala.

A pesar de todo, a esta política infiel a sus principios, que vive en una perpetua rectificación de sí misma, desautorizada incesantemente, pide aún una multitud innumerable de simples la salvación de la *cosa pública*. Es trágico como si se pidiese a un payaso de piernas quebradas una cabriola o un chiste más.

El orgullo de la política nacional es ser doctrinaria. Ser doctrinario es ser un tanto cuánto de todos los partidos; es tener de ellos, por consecuencia, un *mínimum*; es no ser de ningún partido, o ser cada uno apenas del partido de su egoísmo.

De modo que todos estos monárquicos bien en lo íntimo votarían por una república, y todos estos

republicanos terminan por reconocer que es indispensable la monarquía.

Se quiere generalmente el prestigio de la realeza y la majestad del Poder; pero se desea que el rey se exhiba en un coche de alquiler y que su majestad la reina no tenga más que dos pares de botas.

Se llega a admirar a Luis Blanc, pero se prefiere a todo eso una tierra de sembradura obligada a congrua con el párroco y a los tributos con el Estado. La burguesía envidiosa y desempleada habla de la federación, de la república federativa, de la extinción del funcionarismo, de la emancipación de las clases obreras; pero entiende que el país puede esperar por todos estos beneficios si mientras tanto le diesen a ella cargos de gobernadores civiles o de jefes de negociado. Una plebe ardorosa habla de beber la sangre de la nobleza; pero quedaría satisfecha si la nobleza, en vez de ofrecerle una vena, mandase abrir gratuitamente un restaurante.

Tanto se concilian todos, porque el egoísmo domina, y cada uno se encorva ávidamente sobre su plato.

—Pero todo se equilibra—dice la opinión constitucional—; no hay conmociones, no hay luchas...

Sí; todo se equilibra en el desprecio por desprecio. En las sociedades corrompidas el orden llega tam-

bién a veces a reinar. Es el orden por el desdén. Otros dirían por la imbecilidad.

La opinión es tan indiferente y ajena a los cambios de ministerio como las poltronas del Gobierno son indiferentes a soportar la pesada corpulencia del gordo ministro *A* o la inquietud nerviosa del flaco ministro *B*. El país oye hablar de la evolución política con la misma distracción con que oye hablar de los negocios del Cáucaso.

¿Saben, pues, cuál sería el Gobierno útil, provechoso, necesario, en este deplorable estado del espíritu público? Aquel que el país, llamado a pronunciarse en un plebiscito negativo, declarase terminantemente que no quería. Porque entonces la opinión resurgiría tal vez viva y luchadora y aparecerían dos partidos que ahora no existen y sobre los cuales gira como sobre sus polos naturales la ley del perfeccionamiento: la Reacción, por un lado; por otro, la Revolución.

Los poderes del Estado subsisten aún, pero han perdido su significación.

El Cuerpo legislativo hace muchos años que no legisla. Creado por la intriga, por la presión administrativa, por la presencia de cuatro soldados y un señor alférez, y por electores a quinientos reis cada uno, viene apenas a ser una asamblea muda, somnolienta, ignorante, diciendo con la cabeza que sí o

que no. A veces procura vivir, y demuestra entonces en pruebas incesantes su incapacidad orgánica para discutir, para pensar, para crear, para dirigir, para resolver la cuestión más rudimentaria de la administración. No sale de ella una reforma, una ley, un principio, un período elocuente, una frase delicada. La diputación es una especie de funcionarismo para quien es incapaz de cualquier función. Es el empleo de los inútiles.

Por eso el Parlamento es una casa mal iluminada, a la que se va a cierta hora a conversar, escribir cartas particulares, murmurar un poco y combinar partidas de *whisi*. El Parlamento es una sucursal del Gremio. La tribuna es un anaquel de copas de agua intactas.

El Gobierno, el Poder ejecutivo, dejó de ser un poder del Estado. Es apenas una necesidad del programa constitucional. Figura en el cartel y es necesario que aparezca en escena. No gobierna, no tiene ideas, no tiene sistema; nada reforma, nada establece; está allí, y esto basta. El país comprueba todos los días que algunos correos de gabinete marchan detrás de algunos carruajes..., y queda contento.

—¡Ahí va un ministro!—se dice en la calle.

—¡Ah! ¿Va ahí?—exclama la burguesía—. Bien; existe el orden.

Y así pasa frente a un público aburrido e indiferente a la vez esta gran farsa que se llama la intriga constitucional. El espectáculo funciona. Pero el espectador, el país, nada tiene de común con lo que se representa en el escenario; no se interesa por los personajes, a los que encuentra impuros; no se interesa por las escenas, que se le antojan inútiles e inmorales. Sólo, a veces, en medio de su tedio, se acuerda de que para poder ver tiene que pagar el billete.

Paga; ya hemos dicho que es la única cosa que hace además de rezar. Paga y reza. Paga para tener ministros que no gobiernan, diputados que no legislan, soldados que no le defienden, sacerdotes que rezan contra él. Paga a aquellos que le expolían y a aquellos que son sus parásitos. Paga a los que le asesinan y paga a los que le traicionan. Paga a sus reyes y a sus carceleros. Paga a todos y paga para todo.

Y en recompensa le ofrecen una farsa.

Mientras tanto, ¡cuidado!... Aquel telón del fondo no está inmóvil; se agita como impelido por una respiración invisible. Alguien está seguramente al otro lado. Mientras la farsa se desarrolla en escena, ese alguien, por detrás del último telón, espera, se agita, se prepara, se arma tal vez...

¿Quién es ese alguien? Que vuestras conciencias

os respondan. Nosotros apenas podemos decir que no es seguramente el señor Obispo de Vizeu.

Y no obstante, ¡cómo parece todo feliz y tranquilo! Los periódicos conversan en voz baja y divagan los unos con los otros. El Parlamento resueña. El Gobierno, todo encogido, recomienda silencio a los partidos. El Tribunal de Cuentas, allá en su rincón, maneja sonriendo, para entretenerse, las cuatro reglas de la aritmética. La policía, retorciendo sus bigotes, galantea a las cocineras. El Consejo de Estado se roe las uñas. El Ejército toca la guitarra. El Municipio mata en sosiego sus blandos ocios. Los árboles del Rocío se llenan de hojas. Los fondos públicos descenden y descenden hace tanto tiempo, que deben de estar en el centro de la tierra. El pueblo — ¡cuitado! — por ahí va como puede, muerto de hambre. Nosotros hacemos nuestros libritos. Dios hace su primavera... ¡Y viva la Carta!

Y todo así. Véase la Prensa. La Prensa está compuesta de dos clases de periódicos: los noticieros y los políticos.

Los políticos tienen todos la misma política. A saber:

A quiere orden, economía y moralidad.

B se queja de que no hay economía ni moralidad, por lo cual recela mucho de que resulte perjudicado el orden.

E Ç A D E Q U E I R O Z

C dice que el orden no puede mantenerse por más tiempo, porque se nota que principia a faltar la moralidad y la economía.

D observa que en el estado en que se ve la economía y la moralidad le parece poder asegurar que no se conseguirá mantener el orden.

Los noticieros ofrecen todos la misma noticia:

A comunica que su suscriptor, colaborador y amigo el señor X partió para Caldas de la Reina.

B refiere que el amigo, colaborador y suscriptor que marchó para Caldas de la Reina es el señor X.

C narra que para Caldas de la Reina salió el señor X, su colaborador, suscriptor y amigo.

D, al que se le olvidó contar oportunamente el caso, publica al otro día: "Aseguran algunos colegas que marchó para Caldas de la Reina nuestro amigo, suscriptor y colaborador el señor X, Acogemos la noticia con reservas."

Si la Prensa política es de esta suerte armónica en la exposición de su doctrina, no siempre lo es en la apreciación de los hechos.

Así, por ejemplo, el ministerio Fulano propone a las Cortes que, en atención a la gran utilidad de las ostras, sea autorizado el Gobierno para declarar que se considera con respecto a la ostra como un verdadero padre.

U N A C A M P A Ñ A A L E G R E

Entonces los diarios fulanistas exclaman: "El Gobierno se acaba de declarar padre de la ostra. Esta es una medida de gran alcance, una garantía para el orden, una solemne prenda de celo hacia los servicios públicos. Cuando un Gobierno procede de esta manera puede decirse que empuña con mano segura el timón de la nave del Estado."

Pero al día siguiente, por cualquier cosa, el ministerio Fulano cae. Sube el ministerio Zutano, y en seguida propone a las Cortes que de allí en adelante, teniendo en cuenta las grandes ventajas que pueden derivarse para la causa pública, el Gobierno sea declarado para todos los efectos que tengan relación con la ostra, más que un padre, una verdadera madre.

Y entonces dicen aquellos mismos diarios fulanistas:

"El ministerio ominoso que con tan incierta mano dirige el timón de la cosa pública se ha declarado madre de la ostra. Esto equivale a mostrar un profundo desprecio hacia el Orden y hacia la Economía. Cuando un ministerio se conduce de esta suerte, es que marcha por el camino de la anarquía y que nos lleva derechos al abismo."

Tampoco es excesivamente armónico el proceso que se sigue para juzgar a las personas.

El señor Fulano, erigido en presidente del Consejo de ministros, va a la Cámara.

Al otro día dicen los diarios ministeriales:

“El noble presidente del Consejo llevaba ayer, a su entrada en la Cámara, unas magníficas botas de pellica. ¡Qué admirable pellica! Solamente cuando se tiene como S. E. un tan grande celo por el bien del país y una tan alta experiencia de la cosa pública puede encontrarse tan buena pellica.”

Los periódicos de tonos moderados, en expectativa, en media oposición, declaran:

“No somos aduladores del Poder; le decimos la verdad en su cara. Conocemos la larga experiencia y las considerables dotes oratorias del señor presidente del Consejo. Pero, a pesar de su tacto político, S. E. llevaba simplemente unas modestas botas de piel de becerro.”

Los diarios de franca oposición exclaman:

“¡Insensatos! ¡A qué venís vosotros a hablar de la experiencia ni de las virtudes cívicas del señor presidente del Consejo de ministros! ¡Su excelencia es un hombre funesto! ¡No; sus botas no son de piel de becerro, como pretende una oposición hipócrita, ni de delicada pellica, como quiere una mayoría venal! Sus botas demuestran que caminamos hacia la anarquía; son apenas unas botas de cuero de Salvatierra.”

Dirijamos ahora una mirada a la literatura. La literatura—poesía y novela—, sin ideas, sin originalidad, convencional, hipócrita, falsa, no enseña nada: ni la tendencia colectiva de la sociedad ni el temperamento individual del escritor. Todo en torno de ella se transformó, y sólo ella quedó inmóvil. De modo que, pasmada y añeja, ni ella comprende su tiempo ni nadie la comprende a ella. Es como un trovador gótico que despertase de un sueño secular en una fábrica de cerveza.

Habla del *ideal*, de la *fiebre*, de *Laura*, de *rosas*, de *liras*, de *primaveras*, de *vírgenes pálidas...*, y en torno de ella el mundo industrial, fabril, positivo, práctico, experimental, pregunta, medio espantado, medio indignado:

—¿Qué quiere esta tonta? ¿Qué hace aquí? Lleven esta vagabunda a la comisaría.

Y ella, desatendida y desautorizada, va todavía soltando con aire de gran personaje las declamaciones sonoras del lirismo de Lamartine y del misticismo de Chateaubriand. Y se gloria de ser en sus costumbres y en sus obras intransigentemente ideal. Mera cuestión de retórica: Los poetas líricos y los pensadores idealistas tratan de emplearse en los ministerios, cultivan el biftec del *Aurea*, pertenecen a un centro político y usan prendas de franela.

Por lo menos, en Francia, cuando la corrupción

llegó, la literatura exprimió esta corrupción. En el París de la decadencia, en el País del barón Haussman y de los Sres. Rouher y Fialin (vulgo de Perigny), los libros detestables fueron la expresión genuina y sincera de una sociedad que se disolvía. La literatura de Boulevard ha de quedar por este motivo, y ha de tener su lugar en la historia del pensamiento, así como de la decadencia latina quedaron Apuleyo, Petronio y el mordiente Tertuliano, cuyo estilo tiene centelleos aún hoy tan vivos, que parecen emanados de la podredumbre del moderno mundo poético.

En la actual literatura portuguesa ningún movimiento real se refleja, ni se retrata ninguna acción original. Como en las aguas móviles y oscuras de la laguna de los muertos, apenas en ella se retratan sombras. Pero son sombras que no tienen los lívidos ropajes usados en la Estigia: están de frac y de sombrero alto, y es la única cosa que les da derecho a juzgarse vivas.

La poesía nos habla aún de Julieta, Virginia y Elvira...; bellas e interesantes criaturas en el tiempo en que Shakespeare se arrodillaba a sus pies, en que Bernardino de Saint-Pierre les ofrecía rapé de su caja de esmalte circundada de perlas; en que Lamartine, embozado en la capa romántica de 1830,

las paseaba en góndola por los lagos de Italia. Hoy son un ideal de museo.

Aparte estas mujeres, ella nada conoce en el mundo. La poesía contemporánea se compone de pequeñas sensibilidades pequeñitamente contadas por pequeñitas voces. El poeta lírico A nos dice que Elvira le dió un lirio en una noche de luna. El poeta lírico B nos revela que una atroz desesperación le invade el alma porque Francisca está en brazos de otro. El poeta lírico C nos cuenta una noche que pasó con Eufemia en rústico pabellón mirando a los astros y diciendo frases. Y en medio de las ocupaciones de nuestro tiempo, de las cuestiones que en torno nuestro y por todas partes se levantan como amedrentantes puntos de interrogación, estos señores vienen a contarnos sus desengaños o sus minúsculas exaltaciones. Mientras tanto, los obreros viven en la miseria por esas guardillas y la gente el campo vive en la miseria por esas aldeas. Y el señor Fulano o el señor Zutano emplean toda su acción intelectual en alabarse de que cogieron margaritas en el prado para ir las a poner en los búcaros de Elvira. Noches y noches se mueven las prensas a vapor, se satina el papel, se extenúan los tipógrafos, se desojan los correctores de imprenta, se emplea una inmensa cantidad de vida y de trabajo

para que el público sepa que el poeta lírico Policarpo de Tal ama a una virgen pálida con ojeras.

Y aun si la poesía lírica se contentase con ser de una inutilidad necia... Pero además es de un erotismo ofensivo. Existen lupanares más castos que ciertos libros de versos que se denominan melancólicamente *Arpegios* o *Preludios*.

¡Oh, poesía lírica, poesía lírica: escóndete en los Consejos de ministros o en las oficinas del Estado; no aparezcas ante el mundo vivo! ¿Sabes cuál es el lugar que en él mereces? No es el Panteón; es el Limoeiro (1).

La poesía individual tiene un noble alcance cuando el poeta se llama Byron, Espronceda, Hugo, Lamartine, Musset; porque entonces, en aquellas almas, todo el siglo, con sus dudas, sus luchas, sus tendencias, sus contradicciones, se retrata. Son grandes almas sonoras donde vibra en resumen toda la vida que las cerca. Se estudia allí como en sumario la existencia de una época. Pero, con franqueza: ¿qué se ha de estudiar en el alma del señor Juan en el alma del señor Francisco? ¿La inmensa duda que pesa sobre la Baixa? ¿Los tormentos ideales que agitan la calle de los Fanqueiros? Y la mayor desgracia y la mayor locura es que, por fanfarro-

(1) Cárcel de Lisboa.

nería lírica, algunos hombres honestos en su vida particular se creen en el caso de declararse perversos en sus rimas, delante del público.

Tomemos un ejemplo, uno de los más ridículamente aceptados: el señor X. El señor X es un joven decente, buen jefe de familia, que gana honradamente su pan. Merece nuestra estima.

Veamos sus versos. En ellos no se habla sino de amores, placeres, delirios, orgías, vírgenes sacrificadas...

De dos cosas, una: o el señor X pinta la verdad cuando escribe estas poesías, y entonces es un licencioso que da un detestable ejemplo a sus hijos y que desconsidera a su mujer, haciendo imposible en tal caso que creamos en la seriedad de su carácter, o el señor X no dice la verdad, y todos aquellos éxtasis suyos son rimados muy sosegadamente, tomando el te, entre un Diccionario y una Retórica, con un gorro de algodón en la cabeza. Y en este caso, ¿cómo hemos de creer en la seriedad de su arte?

La novela no es más que la apoteosis del adulterio. Nada estudia, nada explica; no pinta caracteres, no diseña temperamentos, no analiza pasiones, no tiene psicología ni acción. Julia, pálida, casada con Antonio, gordo, arroja los grilletos conyugales a la cabeza de su marido y se desmaya líricamente en

los brazos de Arturo, desgrefiado y macilento. Para mayor conmoción del lector sensible y para disculpa de la esposa infiel, Antonio trabaja, lo cual es una vergüenza, y Arturo es un vago, lo que constituye una gloria romántica. Y es sobre este drama de lupanar sobre el que las mujeres honestas están derramando las lágrimas de su sensibilidad desde 1850. El autor, generalmente, tiene el hábito de Santiago. El editor tiene la pérdida. El lector tiene el tedio. ¡Santa distribución del trabajo!

Por lo demás, cuando un individuo consigue tener tres novelas escritas de esta manera, la conciencia pública reconoce que ha servido a la causa del progreso y se le da el dinero de la nación.

Seguramente deseas, lector de buen sentido, que te hablemos del teatro. Tú habrás leído por esas esquinas los carteles anunciadores y habrás visto, mal sentado, cuando el alumbrado de la sala disminuye, levantarse el telón sobre farsas tan melancólicas como una ruina y sobre dramas tan cómicos como una caricatura. El teatro perdió su idea, su significación, hasta su finalidad. Se va al teatro a pasar un poco la noche, a ver una mujer que nos interesa, a combinar un préstamo con un usurero, a acompañar a una señora, o, cuando se trata de un drama compungido, para reírse, de la misma manera que se lee una necrología para quedar de buen humor. No

se va a asistir al desenvolvimiento de una idea; no se va siquiera a presenciar la acción de un sentimiento. Se va como al paseo en noches de calor: *para estar*. Mientras tanto, como es necesario que cuando se levanta el telón se muevan algunas figuras o se entablen algunos diálogos, es por lo que existe en Portugal una literatura dramática.

La idea que desde luego seduce a todos los autores es la de traducir. Y así, jóvenes que fueron en sus tiempos reprobados en el examen de francés, traducen. Donde está escrito *vous* ponen *vossa excellencia*; y este esfuerzo prodigioso de invención está gastando en Portugal todas las energías de una generación literaria. Pero no siempre se puede producir de esta manera... El público gusta de ver cosas que ocurran en el Chiado y en la calle de los Fanqueiros; y además, las obras francesas son para grandes compañías de actores que, por su número, por sus recursos, por su saber, dejan libre la fantasía creadora del dramaturgo. Entonces, cuando este caso llega, el escritor portugués imita. Donde dice *Mr. Valeroy* pone *conselheiro Bezerra*; donde dice *Lyon* pone *Arcos de Val de Vez*; donde dice *rue Vivienne* escribe *beco do Fala Só*. Los diarios aplauden, el rey preside el espectáculo y todo el mundo se marcha emocionado a tomar el te.

Pero también suele ser necesario que existan obras

originales. En ese caso se imita del mismo modo, pero se pone en el cartel: *original*. ¿Qué importa? Lo saben apenas tres o cuatro amigos. A veces se escribe de veras una obra original. La dificultad no estriba precisamente en obtener los nombres de los personajes. Una acción también se le ocurre a cualquiera: hay muchas hechas: la hija perdida y después hallada, el cofre robado, el hidalgo arruinado, el hombre del pueblo que realiza un acto sublime, etcétera. Lo difícil es hacer hablar a esta gente. En este trance, el dramaturgo nacional todo lo explota y todo lo aprovecha: va, indaga, rebusca, extrae de aquí, copia de allí, arranca frases de *Los Misera- bles*, ingeniosidades de Luis de Araujo, discursos del Sr. Fontes o de José Estevam, tratados de Economía política, pedazos de artículos de fondo, sermones, ¡muchos sermones!; recorta, zurce, cose, remienda, pega aquellos pedacitos a la lengua de cada personaje, los salpica de gestos de desesperación, les hace alborotar los cabellos, ensaya músicas tristes para finales de acto, manda alzar el telón... y reposa en la inmortalidad.

El tiempo en que floreció el teatro fué aquel en que en el teatro se cantó a Offenbach. Offenbach triunfaba; se levantaba entonces la hostia a los sonos de la canción del general *Bum*. La alta burguesía, sobre todo, era la que frecuentaba y adoptaba a

Offenbach. En medio de esta simpatía general, apenas algunos dramaturgos nacionales acusaban al pequeño maestro filosófico de pervertir el gusto, desmoralizar la conciencia y de bajar el nivel intelectual. Ni la burguesía tuvo razón en exaltarlo, ni los dramaturgos en tratarle mal.

No, dramaturgos amigos, no habéis comprendido a Offenbach. Offenbach es más grande que todos vosotros. El tiene una filosofía; vosotros no tenéis ni una idea; él tiene una crítica; vosotros, ni aun una gramática. ¿Quién como él, entre vosotros, se batió en la brecha contra todos los prejuicios de su tiempo? ¿Quién como él, con cuatro compases y dos volteretas, dejó para siempre desautorizadas las viejas instituciones? ¿Quién como él hizo la brillante caricatura de la decadencia y de la mediocridad? Vosotros, con vuestra gravedad, no habéis hecho un solo servicio al buen sentido, a la justicia ni a la moral. Sólo habéis fabricado sueño. ¿Y él?... El militarismo, el despotismo, la intriga, el sacerdocio venal, la bajeza cortesana, la vanidad burguesa..., todo lo hirió, todo lo revolvió, todo lo abatió en un cuplé fulgurante.

No, alta burguesía, no hiciste bien tú tampoco en aplaudirle y en protegerle. Juzgaste encontrar en él un pasatiempo y encontraste una condenación. Su música es tu caricatura. ¿Tan mal alumbrados están